

través de la plaza hacia la fuente. Era finales de abril, y los arroyos de montaña iban tan llenos que el agua llegaba por los canales hasta el puerto, desde donde se alimentaba la fuente. Una corriente constante rebosaba de la copa central y salpicaba en el cuenco redondo que había debajo, refrescando el aire en torno a ella. Y por eso era el lugar de reunión favorito de los grupos de jóvenes y de matones que ofrecían sus servicios pagados a terratenientes y prestamistas. Justo el tipo de gente que Festo andaba buscando.

La fuente estaba rodeada por un breve tramo de escaleras, suficientes como para que quien estuviera arriba del todo fuera visto claramente por encima de la multitud en la plaza del mercado. Festo dejó la bolsa y los otros lo siguieron.

–Vigíalos –dijo Festo a Lupo. Luego se

volvió hacia Marco—: Empecemos.

Se subieron al borde de la fuente y Festo levantó las manos, tomó aire, y entonces gritó a la multitud, en griego:

—¡Amigos! ¡Escuchadme, escuchadme!

Las caras se volvieron hacia la fuente. La gente se detuvo a mirarlo con curiosidad. Los grupos de hombres cerca de la fuente dejaron sus bromas ociosas y miraron al hombre y al chico que habían alterado su rutina diaria. No faltarían voluntarios para recoger el desafío que estaba a punto de lanzar Festo.

—¡Noble gente de Calcis! —continuó Festo—. Vosotros sois los herederos de la orgullosa tradición de los heroicos griegos que en tiempos se enfrentaron al poderoso imperio persa y lo derrotaron. Más recientemente, ay, habéis caído ante el poderío de Roma, y ellos..., o sea, nosotros,

somos ahora vuestros amos.

Hizo una pausa para dejar que algunos gritos feroces de desafío resonaran entre la pequeña multitud que se iba reuniendo delante de la fuente. Marco, que se había criado entre los griegos, sabía lo orgullosos que se sentían de su civilización. Les contrariaba amargamente vivir bajo la orden de los romanos, a quienes consideraban inferiores, y Festo estaba explotando ese hecho deliberadamente, asegurándose de hablar con marcado acento latino cuando se dirigió a ellos de nuevo.

—Sin duda muchos de vosotros todavía os mantenéis leales al espíritu guerrero de vuestros antepasados.

—¡Sí! —gritó entonces uno de los matones que estaba a poca distancia—. ¡Y lo averiguarás enseguida, si no cierras esa boca!

Se oyó un coro de apoyo por parte de sus amigos.

–¡Lárgate, romano! –continuó el matón, con una mueca amenazadora–. Y llévate a tus alfeñiques contigo.

Festo se volvió hacia el hombre con una sonrisa radiante.

–¡Ah, ya veo que tenía razón con lo de la gente de Calcis! Todavía viven un par de hombres de verdad aquí...

–¡Y más, romano! –respondió otro hombre muy robusto–. Y, ahora, haz lo que te dice éste y vete de aquí, antes de que la emprendamos contigo.

Festo levantó las manos y pidió silencio. Pasó un rato antes de que aquellos que se encontraban entre la multitud profiriendo insultos y amenazas se callaran, pero la mayoría de los habitantes de la ciudad querían saber qué pasaría a continuación, y

les hicieron guardar silencio.

–¡No quería ofender a nadie! –exclamó Festo–. Somos simples viajeros que pasamos por vuestras tierras. Yo me llamo Festo. Si os he hecho enfadar, me disculpo con toda humildad ante vosotros. Pero parece que hay algunos aquí para los que no basta con una disculpa...

–¡Qué razón tienes, romano! –gritó el primer matón mirando a sus compañeros, que lo vitorearon.

Festo se encaró directamente con el hombre.

–En ese caso, me parece justo que tengas la oportunidad de darnos una buena lección –se volvió a Marco–. Es hora de usar los bastones de entrenamiento.

Marco asintió y abrió el hato de piel de cabra que llevaba colgado, y sacó de él un pequeño paquete de bastones de madera,